

ENTREVISTA: CINCUENTA AÑOS DESPUÉS
Julen Madariaga Fundador de ETA

"Los radicales no tienen cojones para despegarse de la tutela de ETA"

ANDER LANDABURU 26/07/2009 EI PAÍS

En la segunda planta de Zumaldegia, nombre del caserío que domina una de las pequeñas colinas que rodean el municipio de Senpere (País Vasco francés), Julen Madariaga (Bilbao, 1932) se instala en la vieja mesa escritorio en la que su abuelo Ramón redactó el primer Estatuto de Estella de 1932. Medio siglo después, y como el resto de sus compañeros de aquella época, Madariaga es incapaz de poner una fecha concreta al nacimiento de ETA. "Fue un proceso de varios meses, que va desde nuestra ruptura como EKIN con el PNV, la reunión de Deba en diciembre de 1958 en la que se encarga a Txillardegui [José Luis Álvarez Emparanza] buscar un nombre para la organización, el documento enviado a nuestra delegación en Caracas con las siglas nuevas, hasta la carta remitida al *lehendakari* Aguirre y fechada el 31 de julio de 1959, día de san Ignacio, en la que se le informa de la creación de Euskadi eta Askatasuna (ETA)".



"Otegi no es tonto, pero le falta valor. Ha tenido oportunidad de decir 'no' después de la ruptura de la última tregua"

Junto a Txillardegui, los otros cinco fundadores de ETA son José Manuel Aguirre, José María Benito del Valle, Alfonso Irigoien, Iñaki Larramendi y Rafael Albizu. Se dedican a la labor de captación y de propaganda, con pintadas de *ikurriñas*, reparto de pasquines o intercambio de libros entonces prohibidos. Las primeras acciones violentas tienen lugar en esos meses: explosivos en la Jefatura Superior de Policía de Bilbao, en el Gobierno Civil de Vitoria; incendios en las redacciones de los diarios *Alerta* y *Hierro* en Santander y Bilbao, respectivamente, y el intento de descarrilamiento de un tren lleno de falangistas que se dirigía a San Sebastián para conmemorar el XXV aniversario del Alzamiento Nacional del 18 de julio. Una *chapuza* en la que los activistas se limitan a aflojar los tornillos que sujetan los raíles en una curva suave a la salida de Lasarte, donde el tren no circula a más de 25 kilómetros por hora; pero el maquinista lo vio a distancia y paró el tren. La *chapuzahumilla* a los falangistas y se lo hacen pagar caro a "esos aprendices de terroristas". La policía, movilizada por la presencia de Francisco Franco, que veranea en esos momentos en la capital guipuzcoana, multiplica las detenciones y Madariaga es arrestado, cayendo en manos del temido comisario Melitón Manzanás, antes de pasar seis meses en la prisión de Carabanchel. A su salida se inicia el camino hacia la I Asamblea de ETA, que se realiza en mayo de 1962 en la abadía benedictina de Nôtre Dame de Belloc, donde se redactan los principios fundacionales y la orientación de ETA. "El nacionalismo de Arana nos resulta antiguo y reaccionario, la democracia cristiana queda a la derecha y la moral católica no permite más que luchar con las armas en la mano en guerras convencionales". Comienza así la trágica historia de la organización terrorista, que se cobró su primera víctima mortal en 1968: contestando a la muerte de su dirigente Xabi Etxebarrieta en junio de ese año en un tiroteo con la Guardia Civil, ETA decidió semanas más tarde matar al comisario Manzanás. Fue el inicio del reguero de muertes que ha provocado en más de cuatro décadas. 50 años después, Madariaga, el polémico, criticado y contradictorio fundador de la organización, reconoce que ha dado un giro importante a sus planteamientos. Abandonó ETA y también Herri Batasuna. Hoy, militante de Aralar, sigue siendo una de las voces críticas contra ese mundo "que no tiene cojones para despegarse de la tutela de ETA y sus pistolas".

Pregunta. ¿Y cuándo se produce su ruptura?

Respuesta. La situación no podía seguir así, y mi decisión de dar el puñetazo encima de la mesa diciendo ¡basta ya!, ¡hasta aquí hemos llegado!, coincide con el atentado contra [el concejal] Gregorio Ordóñez [asesinado el 23 de enero de 1995]. Para mí, la brújula de la dirección etarra había enloquecido. Patxi Zabaleta, Begoña Garmendia y yo mismo criticamos duramente el atentado contra el dirigente popular, y en una declaración del 28 de enero afirmo que "toda acción armada, sea contra quién sea, no es aceptable, y hoy la lucha armada es negativa para nuestros planteamientos independentistas". Asimismo reitero que, lamentándolo mucho, abandonaré HB si se confirma que ETA es la autora del atentado y la formación política en la que milito no lo condena. [Pocos días después, en una de las decisiones "más complicadas y duras" de su vida, dejó también la militancia en HB].

P. Con cerca de 1.000 muertos, 50 años después, el balance de ETA es escalofriante.

R. Es muy trágico, y al decirlo tienes que tomar una decisión que te agarra de las partes, porque sabes que a los carcas les das una baza importante. Pero, eso sí, ya la violencia no conduce a nada. Yo me di cuenta de ello, pero no otros. No tuvieron cojones para denunciarlo.

P. Pero usted tardó en darse cuenta del fracaso, porque muchos otros rompieron antes con ese mundo. En eso no fue pionero.

R. Sí, así es, pero éstos [ETA], desgraciadamente, siguen.

P. En 1995 dijo que "el silencio de las armas de ETA ayudaría a la consecución de la paz". Han pasado casi 15 años y poco ha cambiado en ETA. ¿Qué debe hacer?

R. Vista la evolución política, tanto internacional como de nuestro propio entorno vasco, darse cuenta de que es inútil continuar la lucha por procedimientos armados y violentos.

P. Sin embargo, ETA sigue sin aceptarlo, como tampoco asume su propia derrota.

R. Claro que no, y por eso seguimos así. ETA no ha tenido la lucidez ni la valentía política de ver que los tiempos han cambiado dentro y fuera del País Vasco. No ha tenido los *arrautzas* [huevos] políticos y éticos para hacerlo. Es la *fuite en avant* [huida hacia delante], y ya se sabe que cuando se tiene pánico, todo se ve muy negro.

P. Los últimos responsables etarras detenidos son cada vez más jóvenes y con escasa formación política. También se refleja en sus documentos y notas. ¿Cómo los ve hoy?

R. A este lado de la frontera, en los ambientes de refugiados o de familiares de presos se intuye esta situación, y algunos abandonan ese entorno. Pero la dirección es cada vez más oscura y más negra. No se sabe quién decide, quién recomienda, quién asesora. Compararlo con nuestra época te produce vergüenza ajena. Me refiero a que verte obligado a decir públicamente: "Nosotros sí teníamos formación política, un bagaje cultural e ideológico; habíamos viajado a Cuba, a Argelia; habíamos leído y comentado más de dos libros..., y los de ahora son unos pendejos que no valen para nada, unos descerebrados que sólo saben matar", me parece una falta de modestia, porque nosotros también cometimos errores.

P. ¿Y cómo ve a Batasuna, o como se llame?

R. Como hemos visto en la última rueda de prensa de Otegi, siguen sin tener el valor de decir no a ETA. Es de un oportunismo político que me da asco. Se dicen *abertzales* y socialistas y no tienen la valentía de dar el paso.

P. Entonces, ¿no ve a Arnaldo Otegi como ese otro Gerry Adams como algunos quisieron vender? ¿Ha perdido protagonismo?

R. Pues sí. ¿Ésta es la famosa vanguardia del carajo? Es más de lo mismo. Pero él no es tonto. Le falta valor, porque el camino está trazado y es claro. Ha tenido oportunidad de hacerlo después de la ruptura de la última tregua.

P. ¿Ve moverse algo en las cárceles tras las declaraciones de presos históricos?

R. Sí, hay mar de fondo, aunque a los primeros que se han rebelado contra el poder establecido -en este caso, el poder de ETA- les den palo. Pero, abierta la brecha, se comienza a avanzar. Ha sido un goteo, pero irá a más.

P. Medio siglo después de la creación de EKIN y de ETA, usted participa en los inicios de Aralar en 2001. ¿Cómo fueron sus primeros pasos?

R. Al principio es una forma de atraer a la gente descolgada de ETA, de la izquierda *abertzale*, de Batasuna, de Zutik, de LKI, de Batzarre o de EA; de varias procedencias. Es un largo proceso liderado por Patxi Zabaleta, y Batasuna, desde el primer momento, ve la iniciativa con malos ojos e intenta darnos el abrazo del oso. Para ellos es "revisiónismo", y del acercamiento se pasa a la leña en serio, a las pintadas, a los pasquines y a las amenazas o insultos públicos.

P. ¿La reacción de Batasuna respondió a que consideraba la labor de ustedes como una intromisión en su terreno o fue porque desde el principio denunciaron la utilización de la violencia como recurso político?

R. Creo que a las dos cosas. Hoy ese mundo es una especie de delegación que ETA tolera en tanto en cuanto demuestre siempre su sumisión total a la organización armada.

P. Aralar, en una legislatura, pasa de un escaño a cuatro e irrumpe con fuerza en la vida política de la izquierda nacionalista vasca, demostrando que existe otra vía en ese mundo no tutelada por ETA.

R. Así es, pero también es el resultado de un trabajo duro y constante. Es la eclosión del polluelo que rompe el cascarón y sale libre a la luz. Se avanza, y en cuatro años damos el salto con este éxito.

P. ¿Aralar ha debilitado al mundo de Batasuna, que perdió otros 50.000 votos en las autonómicas vascas? ¿Puede adentrarse aquél en un proceso de autodestrucción como ETA?

R. Sí, pero me da miedo especular y hacer escenificaciones o previsiones viendo que puede surgir con el tiempo otra ETA imitando al IRA Auténtico y convertirse en algo muy marginal. ETA, en esta huida hacia delante, va a provocar su fin, y si Batasuna no se descuelga de ella, también va a acabar con su movimiento. Eso lo dije hace tiempo, y si estos majaderos de Batasuna no son valientes, eso ocurrirá.

¿Qué motivaciones han tenido los terroristas?

FERNANDO REINARES 26/07/2009

Quienes han militado en ETA lo hicieron ante todo por el hecho de ser nacionalistas vascos. Habían hecho suyo un nacionalismo de carácter étnico y excluyente, que niega la pluralidad constitutiva del País Vasco y enfatiza pretendidos derechos colectivos en detrimento de derechos humanos individuales. Un nacionalismo incompatible con valores democráticos, proclive a la intolerancia y a justificar la violencia. Ahora bien, la adhesión a esta ideología y a sus objetivos políticos raramente basta para explicar la opción por el terrorismo. Si nos preguntamos por qué ha habido y hay vascos, básicamente varones y apenas veinteañeros al ser reclutados, la mitad de ellos guipuzcoanos, que se convirtieron en miembros de ETA, es preciso aludir a una serie de motivaciones individuales basadas en criterios de racionalidad, emotividad e identidad. Éstas se combinan de un modo variable según personas y periodos de tiempo, pero caben algunas generalizaciones respecto a los que se integraron en aquella organización terrorista desde hace cuatro décadas.

Por lo común, antes de incorporarse a ETA los futuros militantes habían llegado al convencimiento de que la violencia era útil para conseguir la independencia. Ese convencimiento apelaba a casos foráneos de insurrección anticolonial y a ejemplos propios, como impedir con atentados la construcción de una central nuclear o la ejecución del trazado previsto de cierta autovía. Aun así, para aceptar finalmente el reclutamiento muchos necesitaron percibir fundadas expectativas de éxito, confianza en que ETA disponía de los recursos y el apoyo popular necesarios para lograr todos o buena parte de sus fines. Con todo, no pocos de quienes se integraron en la organización terrorista hubiesen renunciado a hacerlo en ausencia del santuario francés, cuya existencia hasta bien entrados los ochenta redujo considerablemente los riesgos y costes percibidos. Por otra parte, el prestigio social conferido a los etarras en ámbitos de la población vasca supuso un estímulo muy importante. Éste y otros

incentivos selectivos reforzaban las motivaciones basadas en objetivos políticos, utilidad de la violencia y expectativas de éxito.

Ahora bien, en las motivaciones individuales para el terrorismo no sólo hay intereses, sino también pasiones. Así, un buen número de los que se convirtieron en militantes de ETA sentían antes frustración, al no haberse cumplido las elevadas y crecientes expectativas políticas que tenían para el fin de la dictadura y el posfranquismo. Sin embargo, el odio ocupa un lugar central entre las motivaciones de los etarras. Un odio a España y a lo español que procedía, sobre todo, de haber experimentado una represión policial excesiva bajo el régimen autoritario y también durante la transición. Y asociada al odio aparece la venganza, que asimismo está entre las motivaciones que llevaron a no pocos adolescentes y jóvenes vascos a la militancia en ETA. Pero no es menos cierto que, con el paso del tiempo y la transformación de la seguridad interior española, ese odio dejó de estar relacionado con la conducta de los cuerpos policiales y pasó a ser producto del adoctrinamiento al que han estado sometidos numerosos quinceañeros vascos en el seno de la subcultura de la violencia que nutre de miembros a la organización terrorista.

Además, a muchos de los adolescentes y jóvenes nacionalistas que han sido militantes de ETA les acuciaba afirmarse como vascos. Para bastantes de ellos, ésa fue su principal motivación cuando optaron por ingresar en la organización terrorista, que había protagonizado el retorno del nacionalismo vasco bajo el franquismo y a la que tenían por portadora privilegiada de aquella identidad. Se hicieron violentos para considerarse vascos y ser considerados así por los demás. Bajo la dictadura y el posfranquismo, reaccionaban con agresividad ante la imposibilidad de expresar en público los atributos de esa identidad que definían como vasca. Después, ya con la nueva democracia española y el autogobierno vasco, la perentoriedad de afirmarse violentamente como vascos, siempre según determinados cánones nacionalistas, ha sido inducida entre quinceañeros predispuestos por razones de edad a la búsqueda de una identidad e insertos en la subcultura del nacionalismo radical. Y de esta violenta lógica de identificación no han escapado hijos de inmigrantes andaluces, extremeños, castellanos o gallegos.

En esa misma subcultura -en realidad, una contracultura- se continúan socializando políticamente hoy algunos que, pese a haber nacido con España en la Unión Europea y el nacionalismo institucionalizado en el Gobierno vasco,

pese a desconocer los abusos policiales y haber sido educados en euskera, aún acababan interiorizando motivaciones racionales, emocionales e identitarias para integrarse en ETA. Generalmente en el marco de redes sociales basadas en ligámenes afectivos de amistad o parentesco, y tras haber pasado por el aprendizaje social de la violencia que implica la *kale borroka*. Paradójicamente, las vidas de estas últimas generaciones de terroristas han discurrido en paralelo a la decadencia de ETA. Si hace tres o cuatro décadas quienes se convirtieron en etarras constituían una significativa minoría que no estaba mal vista por demasiados entre los vascos y contaba con un santuario francés, hoy no son probablemente más que un centenar de pistoleros a los que su sociedad ha dado la espalda y las autoridades francesas también persiguen.

Fernando Reinares es catedrático de Ciencia Política en la Universidad Rey Juan Carlos y autor del libro *Patriotas de la muerte. Quiénes han militado en ETA y por qué*.